

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º

GIJÓN

Allá, en Jerusalén...

La Ciudad Santa se estremece de entusiasmo; por sus puertas entra triunfal el Hijo del Hombre, el Maestro de Nazaret, el que resucitó a Lázaro y devolvió la vista a los ciegos, quien dió vida a los miembros paráliticos del pobre enfermo de Cafarnaúm y perdonó los pecados de la pública pecadora. Rodeado de inmensa multitud que le aclama penetran en la ciudad las «bienaventuranzas del sermón de la montaña».

En la alegre mañana de aquella primavera, Jesús de Nazaret, triunfa de sus enemigos y su paso, cubierto por ramas de olivo, despierta en las gentes que le aclaman gritos de entusiasmo, alabanzas de todo género y palabras de júbilo y de gratitud: «Hosanna el que viene en nombre del Señor»...

Sus enemigos sorprendidos por la audacia del Maestro se acercan a El para rogarle haga callar a aquellas turbas:

«—Yo os aseguro, les dijo, que si éstos callan hablarán las piedras.»

Jesús continuó su entrada triunfal en la Ciudad Santa de Jerusalén, albergue de sus más obstinados enemigos. Al acercarse a sus puertas, sus discípulos vieron lágrimas en sus ojos y sus labios dejaron oír amarga queja y amargo reproche. Jerusalén... Jerusalén... escucha lo que Dios dice de tí: «Si también tu conocieras, al menos en este día tuyo, lo que a tu paz conduce; pero ahora se esconde de tus ojos. Porque van a venir sobre tí días en que echarán tus enemigos en torno de tí trincheras, y te cercarán y te estrecharán de todas partes. Y te arrasarán a tí y a tus hijos dentro de tí. Y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo de tu visitación.»

Jerusalén... Jerusalén... que recibiste al Hijo del Hombre con palmas y olivos, pero tu cobardía lo entregó más tarde al suplicio de la cruz, ese es el castigo que te espera, el castigo de los obstinados, de los cobardes, de los indecisos, de los que no quisieron ver la luz y cerraron sus ojos para negar su existencia, de los pueblos que no

sabéis de dignidad ni de valentías, ¡Ay de tí Jerusalén!

Horas más tarde, en el Cenáculo, celebraba con sus discípulos la última cena de Pascua.

No podía abandonar a quienes habían sido sus amigos fieles. Con El estaban reunidos y sentía en el alma separarse de ellos. Su pensamiento voló por un momento a través de los siglos venideros y contempló la multitud de almas que habían de seguir sus enseñanzas y demostrarle su lealtad, por eso hizo el milagro que había de perdurar eternamente: su cuerpo y su sangre quedarían entre nosotros, para fortaleza del débil, para consuelo del triste, para alivio del que sufre, para poder comunicarnos su gracia e infundirnos la fe y la esperanza que tanto necesitamos para caminar por los senderos que Dios nos ha señalado y llegar al final de nuestra jornada con la paz y la alegría del justo.

«—Tomad y comed, este es mi cuerpo... ésta es mi sangre... que por mí será derramada para remisión de los pecados.»

Y la Eucaristía fué instituída. Un milagro permanente de amor quedaba consumado. Dios viviría eternamente con los hombres.

El beso traidor de uno de sus discípulos era la señal convenida para entregarlo a sus enemigos. Jesús de Nazaret comenzaba su pasión y su calvario. Los pecados de todos los hombres pesaban sobre su cuerpo y con amorosa resignación se ofrecía como víctima propiciatoria.

Ante los jerarcas de la Jerusalén deicida, Jesús va ofreciendo un cuadro lleno de dignidad, confundiendo a todos, unas veces con su silencio y otras con sus palabras. Nadie se atreve a condenar al Justo.

Pilatos, adivina algo extraordinario en aquel hombre y pretende librarse de participar en aquel crimen que su culta inteligencia romana rechaza, pero cobarde, al fin, lo condena... para no enemistarse con el César.

Jesús, rodeado de aquella multitud, cobarde, turba irresponsable, sedienta

de sangre inocente, la multitud eterna, de todos los tiempos, de todos los siglos, ansiosa de espectáculos injustos, de crueldades inhumanas, de apetitos desatados, la misma que han visto los siglos que siguieron a la tragedia del Gólgota, que asistía a los circos romanos, regocijándose con el espectáculo de «los cristianos a las fieras», la misma multitud de siempre que en la impunidad es valiente y con la tea incendiaria en la mano va destruyendo los templos que la fe ha levantado a ese Dios que habían empujado en aquel tiempo... hasta el monte Calvario.

Pasaron los siglos y los gritos de ¡Crucifícale, crucifícale! siguen resonando aterradores como eco trágico de aquel santo viernes que vió alzarse, entre tinieblas y gritos la imagen sangrante de un Dios que agoniza en una cruz.

La turba está allí. Rodeando al Hijo del Hombre, y contemplando con sadico regocijo sus últimos momentos,

Sólo un Dios puede pronunciar en aquellos momentos palabras de perdón:

«—¡Padre! perdónalos, porque no saben lo que están haciendo.»

Desde la cruz, Jesús contemplaba todas las generaciones y adivinaba sus pecados, los pecados de todos los hombres. No sentía el dolor de aquella turba que le rodeaba, ni escuchaba solamente sus gritos y sus insultos, sino que oía los gritos y los insultos de todos los hombres... y de todas las razas.

Su misión estaba terminándose. Todas las profecías habían sido cumplidas. Sin darse cuenta, los mismos sacerdotes del templo, eran espectadores del exacto cumplimiento de aquello que les habían anunciado los profetas. Ahora podían comprender muchas cosas.

«—Consumatum est. Todo está consumado» «Padre en tus manos encomiendo mi espíritu».

La naturaleza se estremeció de espanto. Todo tembló: la tierra, el velo del templo que se rasgaba, los sepulcros que arrojaron de sí los cuerpos de los muertos haciéndoles volver a la vida, las piedras se resquebrajaron y los endurecidos corazones de aquellas

gentes temblaron también horrorizados del crimen que acababan de cometer.

—«Verdaderamente, este hombre, era el Hijo de Dios», clama el centurión que mandaba el grupo de soldados.

Verdaderamente, era el Hijo de Dios, repite la multitud acobardada que huye del lugar donde ha cometido el crimen más espantoso de la historia de la humanidad.

¡Jerusalén... Jerusalén...!

X

El Puñal de la Virgen

¡Cuidado que era bruto el señor Macario! Y ¿por qué le habría cogido aquella rabia a Pedrín, que no hacía mal a nadie? Nada; que aquello no se podía explicar; pero el caso era que en cuanto el chiquillo entraba en la catedral, ya tenía al sacristán encima, echándole a la calle con malos modos y algún que otro coscorrón. Pedrín le tenía un miedo cerval. En oyendo sus ásperos gruñidos—el señor Macario hablaba siempre a voces en la iglesia—, los portazos o el arrastrar violento de las sillas—el señor Macario todo lo trataba a golpes—, huía Pedrín a esconderse en el rincón más oscuro o escapaba corriendo a la calle.

Pero el pequeño tenía en la catedral un amor a prueba de golpes y bufidos, y aquel amor era la Virgen de la Soledad, *la Virgen guapa*, como él llamaba siempre.

La madre de Pedrín, viuda, pobre y enferma, acostumbra a visitar todos los días aquella imagen y a consolarse de sus trabajos meditando los dolores de la Señora. Llevaba siempre consigo al niño, y solía decirle:

—Mira, Pedrín: cuando yo me muera, *la Virgen guapa* será tu madre.

Y se murió, en efecto, la pobre mujer, dejando a su hijo poco menos que abandonado, en poder de una tía suya, pobre también y más mala que un dolor.

¡Desdichado Pedrín! Como era muy pequeño para trabajar, pues no tenía más que siete años, su tía le obligaba a pedir limosna y le aturdió a golpes y a gritos. Mal comido, mal vestido y peor tratado, el infeliz no tenía más consuelo que ir a contar sus penas a *la Virgen guapa*, cuando podía burlar la vigilancia del bruto del sacristán.

Allí, acurrucado en un rincón oscuro de la capilla, ¡cuanto gozaba Pedrín contemplando las maravillosas labores de la afiligranada verja, donde extendían sus alas dos enormes grifos que sostenían un escudo de múltiples y complicados cuarteles, o contando los racimos de uvas que adornaban las salomónicas columnas doradas del churrigueresco retablo!

Otras veces se entusiasmaba el niño viendo cómo la camarera de la Virgen, doña Conchita, arreglaba el altar para

las fiestas, colocando las azucenas de plata en los grandes jarrones de alabastro y extendiendo las rizadas sabanillas de riquísimos encajes. Y cuando el altar quedaba hecho un ascua de oro, *la Virgen guapa* parecía sonreír satisfecha a través de sus lágrimas, a pesar de aquel terrible puñal que llevaba atravesado en el pecho.

¡Dios mío! ¿Quién habría sido el malvado que se atrevió a clavar aquel agudo puñal a la Virgen? Y doña Conchita, ¿no lo habría visto? Seguramente que no; pues, de lo contrario, ella, tan buena, ya se lo habría quitado.

Porque era muy buena doña Conchita, muy buena y muy guapa. A Pedrín le parecía, en lo morena y graciosa, a su madre y los grandes ojos rasgados y tristes, de la Virgen de la Soledad.

Y estos eran los tres amores de Pedrín: su madre, *la Virgen guapa* y doña Conchita, porque se parecía a su madre y a la Virgen.

**

Y llegó el viernes Santo, día de vestir a la Virgen de la Soledad para la procesión del Santo Entierro.

A la primera campanada de vísperas se presentó Pedrín en la catedral y corrió hacia la capilla. ¡Horror! Allí estaba el monstruo con el manojo de llaves en la mano. Afortunadamente, estaban también doña Conchita y sus doncellas, y el niño se atrevió a entrar. Pero en el acto la garra del señor Macario le asió por un brazo y le sacudió violentamente.

—¿Dónde vas, granuja? ¡Largo de aquí!

—¡Quiero ver cómo visten a la Virgen!—suplicó el pequeño, mirando a doña Conchita.

Y ésta dijo, sonriendo afablemente: —Déjele Macario, que no estorba. Una mirada de profunda gratitud pagó la intervención de la señora, y Pedrín corrió a su rincón y se dispuso a presenciar la maravillosa escena.

La Virgen guapa estaba en el suelo, rodeada de doña Conchita y las criadas que la iban despojando de los vestidos de diario. El sacristán había desaparecido.

Las ágiles manos de las mujeres vistieron primero a la imagen la blanca saya de raso, recamada de lentejuelas de plata; pusiéronla después las albas tocas de finísimo encaje; desdoblaron luego el pesado manto de negro terciopelo, todo bordado de grandes flores de oro, y procedieron a la complicada y larga tarea de colocarlo sobre la imagen.

En el silencio de la capilla resonaba de vez en cuando la voz de doña Conchita:

—¡Ese pliegue, Isabel!... Dame un un alfiler... ¡Mujer levanta el manto!...

Cuando la imagen estuvo vestida, una de las doncellas insinuó:

—Si pudiéramos ponerla nosotras la corona...

—Mejor será—respondió otra—, porque no la toque ese bárbaro.

Y a poco la riquísima corona de oro

resplandecía sobre la cabeza de la Virgen.

—Ahora las alhajas... Traed la pulsera de rubíes... la cadena de oro y la cruz de diamantes... el rosario... la sortija de la boticaria... ¡Ay, que se olvidaban las de Lolita!... ¡Ya está!

Las mujeres se retiraron un poco y contemplaron satisfechas su obra. ¡Cómo resplandecía la Virgen, mas hermosa que nunca!

—Hoy hace un año vino a verla mi Gonzalito—suspiró doña Conchita—, ¡Pobre hijo mío!...

—¡Vamos, señora, no llore!... El niño está en el cielo...

—¡Sí, sí, bendita sea la voluntad de Dios!... Id a buscar las flores—respondió la señora, reaccionando.

Salieron las criadas de la capilla, y doña Conchita se arrodilló en un reclinatorio, hundió la cabeza entre las manos, y se abismó en la oración.

Pedrín contemplaba a la Virgen. ¡Qué guapa, qué guapa! ¡Y sin el puñal! Por eso estaba más alegre que otros días. ¡Qué buena era doña Conchita! ¡Con cuánto gusto la daría un beso! Pero no se atrevió a interrumpir su oración.

Al cabo de un rato resonaron en la iglesia los pesados pasos del sacristán, que a poco apareció en la puerta de la capilla. Entre sus manazas brillaba un objeto... ¡Qué horror! ¡Era el puñal!... ¡Infame, infame! ¡El había de ser!... Pedrín quiso gritar, llamar la atención de doña Conchita, que continuaba orando con la frente entre las manos y no veía lo que allí iba a suceder; pero el terror le tenía paralizado. Y palpitante el corazón como el de un pobre pajarillo prisionero, desorbitados los ojos, vió Pedrín cómo aquel monstruo se acercaba a la imagen, revolvía con sus peludas zarpas los blancos encajes de la toca, y luego, de un golpe seco, ¡zas! hundía el puñal en el pecho de la Virgen.

Un grito agudo resonó en la sombra de la capilla, y Pedrín rodó al suelo sin sentido.

Cuando lo recobró se encontraba entre los brazos de doña Conchita, que le miraba ansiosamente con sus grandes ojos de Dolorosa. Las criadas le rodeaban, y el sacristán había huído.

—¡El puñal!... ¡La clavó el puñal!—sollozó el niño, señalando a la imagen—. ¡Quíteselo usted!

—¡Sí, sí, se lo quitaremos, hijo mío!—y luego, como hablando consigo misma, continuó la señora:—La Virgen me le envía en sustitución de mi Gonzalito... ¡La Virgen, la Virgen!

Y acercando su rostro al oído del pequeño, murmuró:

—Pedrín, ¿quieres que yo sea tu madre?

Por toda respuesta el niño le echó los brazos al cuello, llorando y riendo a la vez.

Y entre los blancos encajes que encuadraban su rostro moreno y gracioso, también sonreía a través de su llanto *la Virgen guapa*.

ESTHER LÓPEZ VALENCIA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Acaba el Maestro de enseñar su doctrina sobre la riqueza y el servicio de Dios y los fariseos para quienes la lección iba muy bien dirigida no encontraron otro medio para contrarrestarle que mofarse de El y de su predicación. Pero Jesús sin inquietarse por ello les dijo:

—«Vosotros sois los que os justificais a vosotros mismos ante los hombres. Pero Dios conoce vuestros corazones. Porque lo sublime entre los hombres es abominación a los ojos de Dios.»

Durante varios días el escándalo que los fariseos habían dado riéndose de las enseñanzas divinas era comentado por todos. En el ambiente estaba el comentario censurable para aquellos que se creían siempre seres superiores y con sus sonrisas despreciativas de la doctrina del Nazareno habían producido el escándalo del pueblo.

Días después, Jesús rodeado de sus discípulos, aprovechó la ocasión para decirles:

—«Es imposible que no vengan escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien vengan! Más le valdría que le pusiesen una rueda de molino al cuello y lo arrojasen al mar, que no escandalizar a uno de estos pequeñuelos.»

Y en su interior señalaba también al pueblo, de mentalidad infantil, fácil a creer, propenso a aceptar las enseñanzas de las predicaciones de todos, y que unidos en la masa ingente de los pueblos de todas las naciones forman un conglomerado ingenuo traído y llevado por doctrinas y teorías erróneas que aceptan con entusiasmo, porque les alagan en sus pasiones y en sus deseos y apetitos desordenados.

«Ay de aquellos por quienes venga el escándalo.»

Según nuestra posición en la sociedad, así es mayor o menor el pecado de escándalo.

Desde los altos puestos de la política, los actos de los que nos gobiernan son observados por todos y muchos de estos actos son pecado de escándalo puesto que el pueblo ve en las personas que le gobiernan, hombres doctos, ilustrados, inteligentes, que pueden hacer mucho mal o mucho bien según sea su actuación no sólo pública sino también privada. Porque la vida particular del individuo, forzosa-mente tiene que reflejarse en la vida pública. Quien no es honrado en su vida familiar, en sus asuntos íntimos, fácilmente deja también de serlo en la administración y gobierno de los demás, porque más fácilmente deseamos el bien para nosotros que para nuestros semejantes, aunque otra cosa nos recomiende la doctrina católica.

Y el hombre de empresa, el que tiene a su cargo personal trabajador, el que ocupa cargos en organizaciones religiosas, el sacerdote, el religioso, el que públicamente es conocido por su credo católico, todas estas personas han de mirarse muy bien en la actuación pública y privada, puesto

que cualquier comentario irónico, de desconsideración para cosas sagradas, de burla para la doctrina católica, de insincera religiosidad o también de actuación deshonesta públicamente, es piedra de escándalo para tantos como tienen en él puesta su atención por el cargo relevante que ocupa.

Quien así escandaliza delante de todos, mucha cuenta ha de dar a Dios de sus actos. Mucha es su responsabilidad, mucho mayor que la de ese pobre mendigo que a la puerta de una iglesia pide todos los días la limosna por amor de Dios y luego asoma a su rostro la sonrisa despectiva hacia la compasión que puede despertar en los fieles.

Muchos errores se cometen y se continuarán cometiendo por las personas que creemos deben de ser perfectas por su estado, por su fe religiosa o por el puesto que ocupan en la sociedad; pero que estos errores sean sin la malicia que produce el escándalo o por lo menos quienes estos errores vean, sepan encontrar la disculpa benigna a las imperfecciones humanas.

Hombres al fin, forzosamente hemos de caer en el error y en el pecado, pero que al menos el escándalo sea hijo de nuestra

imprudencia o hasta de una buena fe por nuestra parte, nunca de conformidad con nuestra inteligencia o de nuestra intención porque entonces... ¡Ay de nosotros si por nuestra culpa viene el escándalo...!

Jesús aprovechó el ambiente creado por la escena anterior en la cual los fariseos, amantes de las comodidades y el dinero, y heridos en sus ambiciones e intereses, habíanse mofado del Nazareno con grave escándalo de todos, que acostumbrados a respetarles por la autoridad que ejercían en el pueblo, eran los que primero habían de respetar y considerar las sabias enseñanzas de quien predicaba la verdad y atestiguaba con el ejemplo y con la fuerza extraordinaria de sus milagros. Por eso el escándalo era mayor y el Maestro no desaprovechó la ocasión para señalar un pecado gravísimo que la imprudencia intencionada o maliciosa había de cometer en el transcurso de los siglos. A ellos, les dice el mismo Jesús a los que escandalizan delante de estos pequeñuelos, más les valdría que les pusiesen una rueda de molino al cuello y los arrojasen al mar...

R.

Los campos esperan

«La mies es mucha; los operarios pocos. Rogad pues al Señor de la mies que envíe operarios...»

Los campos y pueblos de España, cubiertos de abundante mies, esperan impacientes al operario... que no llega. Pasan años y años y esa mies crece impaciente y llena de deseos. Busca la luz de la verdad para madurar en los campos y esa luz llega hasta ella a través de prismas que reflejan absurdos rayos del sol de la justicia.

Otros cortan la mies y su destino es muy distinto del que debe de ser. El engaño y la falsedad, hacen ver a la mies que madura que su fin no es otro que satisfacer necesidades terrenas y no saben que el pan de los fuertes también está hecho del trigo que creció en los campos y gozó de la felicidad que le proporcionó un enviado por Dios, convirtiéndolo en el cuerpo y sangre de Cristo.

A muchos campos y pueblos de España no llegan los predicadores de la verdad... por que son pocos y estos campos y estos pueblos esperan que algún día un sacerdote del Altísimo se acerque a ellos con palabras de vida eterna para convertir el trigo que se encera con los rayos del sol, en pan eucarístico, en cuerpo de Cristo, en pedazos de Dios que más tarde serán almas santas que las manos del sacerdote habrán convertido por obra y gracia del amor.

No neguéis vuestra ayuda, para que desde el Seminario, en donde se forjan los obreros que han de trabajar las mies, puedan salir ingentes multitudes de esos hombres que lo han entregado todo por amor a sus semejantes. Ellos, pocos aún, pero muchos si les ayudais, os prometen recorrer esos campos, santificar esa mies

y convertirlas en almas santas para que puedan bendecir al Dios que las creó de la nada.

Necesitan de la ayuda de todos. Muchos de ellos han caído cuando nada tenían que dar para la salvación de las almas. Sólo la vida les quedaba y también la dieron. La mies no estaba aún madura y necesitaba que fuese regada con sangre de mártires.

Nuevos operarios quieren salir a los campos y pueblos de España para recoger el fruto que ha fecundado con el sacrificio de los que cayeron.

Son aquellos a quienes Jesús de Nazaret dijo: Id y predicad a todas las gentes... Pero... «la mies es mucha y pocos los operarios».

X.

VIA CRUCIS

Soneto de las 14 Estaciones[™]

- 1.^a Estación A muerte por mi culpa es condenado
- 2.^a » Jesús y carga con la cruz pesada,
- 3.^a » y le tumba su peso en la jornada,
- 4.^a » y le encuentra su Madre en este estado.
- 5.^a » Por Simón de Cirene es ayudado;
- 6.^a » Verónica limpió su faz manchada,
- 7.^a » y en la tierra de nuevo se ha acostado
- 8.^a » y a unas mujeres habla su mirada.
- 9.^a » Luego se cae otra vez: esa es su suerte,
10. » y le muestran desnudo en el Calvario
11. » clavándole en la Cruz con frenesi.
12. » Y nuestra redención compra su Muerte.
13. » Le bajan de la Cruz en un sudario
14. » y es sepultado quien murió por mí.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, Cuaresma de 1945

En ésta cuaresma, es posible que olgas por última vez la voz del Dios de la misericordia que te llama. Piensa bien la respuesta que va a decidir tu vida para toda una eternidad,

Comentando FANTASMAS

A mi buen amigo D. José Luis Albert

En mi tierra hay un fantasma. Esto de los fantasmas tiene sus épocas y sus modas. Aparecen como las castañuelas de los niños y se imponen como los sombreros de las señoras. Ahora, parece que llegó la época de la castañuela fantasmal y se impuso la moda del sombrero ultratúmbico.

Lejos de mi ánimo el burlarme de apariciones tales, si he de consignar que la credulidad de la gente sencilla se exagera frecuentemente al escuchar consejas trañadas o al vivir al rescoldo de sensaciones violentas.

En mi tierra hay un fantasma. Golpes en las paredes; ruidos de almas en pena que matan sus ocios arrastrando cadenas; difuntos que en sus horas de asueto se dedican a amedrentar a sencillas mujeres; trasgos y duendes enredones que abren y cierran las puertas invisiblemente en su infantil papel de cocos... en fin, que en mi tierra hay un fantasma. Claro está que estos fantasmas de cuota casi siempre terminan de un modo muy poco acorde con su condición de seres incorpóreos.

Hace años, había puertas que se abrían solas y picaportes que sonaban sin que la mano del hombre tuviese participación en su repique. Unas y otros amedrentaban al vecindario. ¿Te acuerdas? Nosotros fuimos testigos y héroes de aquella jornada. Nuestra valentía infantil, nos condujo al portal de la casa embrujada y triunfamos. La gente nos reclamaba espantada de nuestra proeza y la misma policía temblaba al tener que alternar con

seres extrahumanos. Y sin embargo, nuestras manos se posaron sobre aquél misterioso picaporte cuando, sin alzarlo nadie, se disponía por sí solo a golpear y también se posaron sobre la manilla de la puerta en el momento aquelárrico de abrirse misteriosamente. ¡Y oh espanto de los espantos!... ¡No pasó nada!...

Desde entonces yo perdí en absoluto el miedo a los fantasmas. Claro que ahora, al aparecer este nuevo duende en mi tierra, y al encontrarme yo en una edad más consecuente que entonces, pienso y pienso, y vuelvo a pensar antes de determinarme a obrar y ni siquiera a opinar. Yo ya me he tuteado, como quien dice, con esos seres, pero aquellos fantasmas trasnochados eran sencillos como la gente de aquél entonces. Hoy la gente está desquiciada y falta de sentido común y temo que los fantasmas actuales y a la moderna se hayan contaminado de este modernismo desconcertante. Al fantasma en sí, no le temo. Temó a sus métodos actuales para mí desconocidos.

¡Figúrense Vdes. que se me aparezca un fantasma montado en bicicleta!...

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Una revista para quienes fueron a Ejercicios Espirituales

En Santander se ha publicado la revista "VEN..." para los ejercitantes de las distintas tandas que se fueron dando en la ciudad montañesa.

Una muy buena presentación y amena lectura hacen vivir al lector de dicha revista en recuerdo constante de los agradables días de retiro espiritual de que disfrutó en sus últimos Ejercicios.

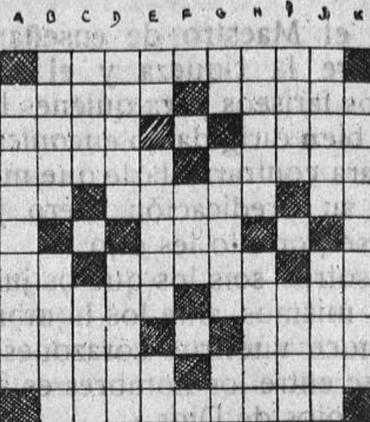
Agradecemos el envío del primer ejemplar de la misma y deseamos de todo corazón muchos éxitos y muchos años de vida para bien espiritual de sus lectores.

Solución al Jeroglífico núm. 13

por MORÁN

"Antes que vaya, avisaré"

Crucigrama núm. 11, por Morán



HORIZONTALES.—1. Imborrable.—2. Plural, parte de un barco - Al revés, máquina de tejer.—3. Trabajen el campo - Al revés, utilizar.—4. Usase en los teatros - Al revés y familiar, niño.—5. Al revés, interjección - Cuadrmano - Río europeo.—6. Consonante - Río catalán - Consonante.—7. Pronombre - Proposición - Pronombre.—8. Rey de una vasta región africana - Serpiente americana.—9. Al revés y en árabe «despacio». Pueblo de Jaén y Huelva.—10. Apellido - Bebida típica de una región española.—11. De una Orden religiosa.

VERTICALES.—A. Región sudamericana que confina con el estrecho de Magallanes.—B. Al revés, marca conocida de coñac - Al revés, portas.—C. Pintor y dibujante francés. Preceda.—CH. Facilitanos - Afinar el pelo.—D. Vocal en plural - Al revés, pequeño cercado de palos. Letras de sacar.—E. Consonante - División de tiempo - Vocal.—F.—Al revés, nota - Se enteraría - Abrev. comercial.—G. - Lodo - Crecer.—H. Hogar - Químico descubridor del ácaro de la sarna.—I. Al revés, es dueño - Al revés, rezar por vosotros.—J. De una capital y provincia española.

Las cuatro casillas independientes en determinado orden; son los cuatro puntos cardinales

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrída, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO